

No volverá a estallar un alba
como la que borró Hiroshima.
Todos unidos, mientras canta
la voz del hierro en construcciones,
la voz del trigo en la llanada
de una serena luz fecunda.
Un mundo nuevo en paz se alza.
La libertad está llegando.
En lucha honesta, en paz. El hombre
hará surgir la aurora humana.

ODA ESPAÑOLA A DOLORES IBARRURI

por Juan REJANO

1949

*Madre nuestra, panal, vena de fuego,
amapola del héroe, guerrillera...*

Al alba va la noche del destierro ascendiendo
como un bosque que emerge del mar y se ilumina,
y otra vez mi canción sale a buscarte,
camarada,
sobre un vuelo de garzas y un sueño de volcanes,
a través de las selvas, la pirámide, el viento,
la tropical orquídea,
las prisiones de España.
Triste ha sido, y aún duele, la estación de la ausencia,
sus largas galerías donde el sueño
cavó profundas ansias:
han crecido las horas como secos racimos
que exprimiera una garra codiciosa;
un oscuro rebaño de nubes terrenales
enturbió nuestra frente,
pero más alta ardía la llama que alimenta,
con tu acendrado ramo, Dolores, la esperanza,
y supimos ser rocas,

hielo, lava, pasión que va contando
sus impulsos y sabe
que del más entrañable brotará el resplandor.
Ya ascendemos, ya alcanza la luz a nuestros ojos,
y otra vez mi canción nace, te busca,
camarada,
sobre ardidas ciudades sin ríos, sin olvido,
entre audaces guerrillas y amenazas
atómicas,
porque has vuelto a la vida,
madre nuestra,
porque has vuelto a la vida
y un fulgor vegetal de abril naciente
me inunda, está inundando la tierra que no piso.
Pero ahora —¿me escuchas?— no es mi voz solamente
la que el aire traspasa y llena el aire
de sonidos de amor como alamedas:
es también otra voz, son otros hombres
los que van a cantar: tus camaradas,
el conmovido ejército del trabajo, oprimidos
y explotados, pilares
de la revolución,
y junto a ellos
el pueblo del martirio, la Península invicta,
varones de alma intacta, claros jóvenes,
la madre campesina que lloró hasta secarse,
el niño que ha jurado vengar a sus mayores.
Es el pulso de un mundo que se yergue entre hogueras,
es la voz que te aclama y se enardece
porque has vuelto a la vida,
firme hermana.
te incorporo de nuevo, nos conduces, diriges
nuestra sed a la raya donde late el triunfo.
¡Qué aliento de campanas o pájaros gozosos!
La muerte quiso asirte, te acechaba
junto a las horas, bajo el polvo, iba
buscando por tu cuerpo las antiguas heridas
no cerradas, por donde
penetrar, rayo frío,
pero ignoraba que eres fuente y brotas
vida a raudales, savia
ardiente, juventud que no anochece,
y el golpe se estrelló contra la rosa
roja
de tu indomable estirpe proletaria.

¡España te esperaba, España ardiendo,
desangrándose, en pie, sobre gemidos!
¿Cómo habías de faltar para ese instante
en que España será clavel y aurora
con un aroma que jamás emigra?

II

Y te vimos entonces caminar a una tierra,
a un refugio sin sombras en que el hombre forjara
la primera morada sin esclavos:
techo, escudo, rosal, colmena, alcázar
donde se quiebra la perfidia, donde
rueda herido el chacal de áureos colmillos,
e irradia el fuego generoso
que al mundo del dolor levanta: allí,
Dolores Ibarruri, hallaste espacio
para erguir tu estatura adolorida,
allí el agua que anima el labio roto,
una densa arboleda de brazos fraternales,
el amor, las banderas, allí el sueño
inmortal de Rubén, niño y soldado,
queriendo su laurel ceñirte al pecho,
su espada no marchita, su bravura española,
retoño de tu entraña, entre los bravos
que salvaron al mundo, del escarnio y la llaga
bajo el glorioso sol de Stalingrado.

¡Ay, corazón del ámbito soviético,
de acero como Stalin, de viriles
ternuras, deja que a tus bordes llegue
para cantar tu joven existencia
que ya parece contener cien siglos
de madurez heroica, de radiantes cosechas,
destellos que en el hombre jamás se abrieron, altas
columnas vigilantes!

Cortar quiero
la rama constelada en primavera,
las pulpas del estío, el cristal solitario
que entre las venas de la tierra duerme
y conducirlos a tu orilla. Pobre
será la ofrenda, porque has dado
un nuevo cuerpo al mundo, al hombre, un alma niña
y a la insaciable soldadad un páramo
donde esconder sus pálidos venenos.
Veo tu infancia, martillo y hoz labrando
la palabra de Lenin como harina

o centella,
el hambre, el sacrificio, las proclamas,
tu casa rodeada de bestias rencorosas,
que amagan con su hocico la esbelta flor de Octubre.
Veo tu espalda después alzarse, el humo
juvenil de tus fábricas,

tus estepas surcadas de tractores y cánticos,
tus minas, tus escuelas, tus jardines
y un bondadoso rostro en la penumbra
que sonríe al horizonte mientras llena su pipa.

Oigo el agua cantar sobre tus presas,
tu semilla de paz hendir la tierra
más allá de fronteras y de reinos,
la sangre de tus héroes cuajar en cordilleras
para cerrar el paso al odio nazi,
el palpar nocturno de Leningrado, el himno
sobrehumano de Odesa. Oigo, escucho
la pisada gigante del Ejército Rojo
liberando regiones, llevando espigas libres
a la boca oprimida, el asalto postrero
en Berlín, la diadema
solar de la victoria.

Ay, corazón
del ámbito soviético,
corazón de la paz, óyeme, acoge
este corazón mío que no puede
llegar a ti, cantar tan firme gloria,
estrechar esa mano como un pétalo inmenso
que ha vencido el dolor de Pasionaria!

III
Pero yo te recuerdo, Dolores, una tarde
en Madrid, en el frente: era el otoño, había
un miliciano muerto entre los árboles,
dorada la cabeza de Inz. En las orillas
del Manzanares resonaba el plomo
de la traición: por tus pupilas
vi cruzar un destello de ternura y coraje,
de fe, la imagen malherida
y apasionada de la España en armas
que buscaba su ser sobre cuchillas
de perjurio.

Como un metal insigne,
más allá, tu palabra se encendía
ante las sombras próximas, prendiendo

las ascuas del arrojito entre las filas
leales, y tal vez aquella noche
una congoja lívida
pobló tu soldadía y tus entrañas
porque en tu carne de mujer morían
aquellos hijos que a la tierra daban
el sueño de una patria florecida
sobre escombros feudales.

Relámpago y caricia,
paloma y águila, bandera
de la vida
en la muerte, Dolores, fuiste, blando
vendaje en las heridas,
amanecer de un pueblo que no cesa
de crecer, como un tallo, en su agonía,
persiguiendo la forma deslumbrante
que asume el pan y exalta la justicia.
Quien vio entonces tu frente cereal, tu pañuelo
aldeano en el cuello, tu sonrisa
olorosa, y oyó tu voz de junio
en plenitud, ¿cómo podría
olvidarte, olvidar nombre y sustancia
del pueblo, pueblo nuestro, España, mía?

Y te recuerdo en Málaga cercada,
en Málaga industrial y marinera,
alga, nardo y limón, Málaga rota
por las ciegas medusas de la guerra,
y en el Norte acosado, en los caminos
de Trijueque y Brihuega
adonde las veloces legiones de la loba
fascista no encontraban tierra
para huir; en Brunete una mañana
jubilar, las banderas
de las Brigadas Internacionales
al aire junto al Quinto Regimiento; en la Muela
de Ternel, en Belchite,
en las riberas
conquistadas del Ebro, puente y hombre
naciendo del disparo; en las morenas
hazas de sembradío, entre labriegos
de retama; a la vera
del horno y del taller;
en las escuelas
junto a un coro de niños, panal tierno

tus manos en su sien. **¡Brasa y estrella,**

fusil y acorde, muro
a la infamia, regazo a la inocencia
supiste ser en esos días! **Ninguna**
voluntad más de piedra,
árbol tan rezumante, más sensible
compañera.

Quien vio tu efigie de enlutado bronce,
tu planta recorriendo las trincheras,
tu caudal ademán, nunca ha podido
construir la lealtad sin tu hermosa materia.

IV

Aquella España vive, emerge, suena
en la noche sangrienta, se debate
dentro de sus fronteras, por el mundo
lejano, valles, islas, hemisferios, parajes,
bajo el yerto dogai o dondequiera
la tempestad le deja reagrupar sus naves.
Aquella España vive, clama, irrumpe.
¿No la ves revolverse como un toro en el aire?
El puñal, la ponzoña, los viscosos
tentáculos de la Falange,
los mercenarios del tirano, esbirros
de hiel, de pus, de cieno, las torturas, el hambre
no han conseguido aniquilarla: cada
mañana el negro pelotón abate
un puntal de la patria: sin embargo
el pueblo crece, crece, de su sangre
crecerá hasta los cielos. Cada hora
la tenebrosa boca de una prisión se abre
para tragar un cuerpo: vibra, ruge
sin embargo el combate
y la batalla extenderá su bruma
de cumbre a mar, por peñas, surcos, calles.
No hay herida que España no padezca
ni casa donde a Franco la maldición no alcance.
Maldice el campesino que el buen sudor del año
ve perderse en las uñas del pillaje,
el jornalero sin trabajo, el mozo
sin pan, el estudiante
que el aula halla invadida
de turbios sacristanes;
maldice el molinero, la novia y el mendigo,

las riberas sedientas, los hogares
abandonados, mientras
los jefes engordan, roban los generales
y el collar de la patria va cayendo en las arcas
extranjeras.

¡Que nadie,
a pesar del tormento, la ignominia,
el desastre,
nos entregue una lágrima funeral: de la muerte
amanecen los héroes, y en balde
acude Wall Street con su pezuña
a sostener la podredumbre: alzarse
logrará España, un alba
cercana, como un cráter
furioso, y tanto fuego lanzará, que ni el llanto
erguido de los mares
ha de apagarla, hasta que el crimen
entre sus lenguas de justicia acabe!

¡Ay, patria, patria hundida, aspera patria
de junco y berrocal, de azogue y trigo,
alta sobre tus sierras venerables,
derramada en tus costas como un dulce suspiro;
patria que el rey poeta cantara en sus loores
briosa de oro y lino,
de caballos y óleo, de frutales
y azafrán, guarnecida de castillos,
como entonces, por un traidor se vende
tu ardiente piel de toro a los bandidos
y en ella clavan su color extraño
cautelosas enseñas!

No hay castigo
bastante para el torvo brazo
que desmembra tu orgullo, y al gangster y al ofidio
del dólar abre el litoral, las hojas
del espacio, las rutas, la fortaleza, el nido.
Pero tú, patria, sabes declinar ese nombre
que fulgura en el pecho de tus hijos,
tú sabes avanzar sobre el espanto,
hacer del tiempo un filo
con que romper el mal, y cuando suene
la postrera explosión y hacia tu íntimo
despertar vuelvas, no habrá un cielo
más alto ni más limpio
que el tuyo, no habrá un pueblo que el derecho a la vida
haya ganado con tan noble ahinco.

Y tú, Dolores, hálito, simiente,
que en los ojos repites el vellón del anhelo
y a esperar nos enseñas, a cubrir esta tregua
con las armas que nunca perecieron;
tú, Dolores, efluvio
incesante, raíz, ala, sendero,
mira cómo te esperan y te llaman los nombres
perdurables de España. El Pirineo
sus hombros milenarios levanta, y a su lado
las broncas latitudes, las gargantas, los puertos
se estremecen.

Te llama el roble astur,
la encina castellana, el olmo abuelo,
el olivo andaluz, campiña y monte,
los álamos del Duero
por donde Myo Cid, como nosotros,
cabalgó con sus gentes al destierro;
las brunas lejanías que el Guadiana cruza
con aquel grave y loco caballero
que aún busca por la tierra la justicia
que a su pueblo
le niegan.

Oye cómo
te llaman los naranjos de Valencia, los huertos
en flor de Murcia, los costados
patriarcales del Ebro
donde Aragón y la Rioja heben
el legendario vino de los siglos primeros;
los caseríos de Vasconia, el tibio
rincón donde te vieron
crecer, poblada ría de Bilbao, el Cantábrico
de cincelada espuma y cristal terco;
la minera región de Asturias, mármol
en que el valor esculpe sus linajes obreros;
los hórreos de Galicia, vastas urnas
de niebla y llanto; el respirar eterno
de ambas Castillas, de León, Zamora
dormida bajo el alma troncal del Romancero;
Soria la numantina donde Antonio
Machado conjugó pasión y ensueno;
la ecuménica voz de Salamanca,
el pastor extremeño,
mastín y soledad; la música fragante

de Cataluña, Tarragona en medio
de sus romanas quintas, Barcelona
bucólica y fabril,

y al otro extremo,
al sur, Guadalquivir, cisne lunado
que en campo verde a blancas casas pasa ciñendo
el plumaje, Jaen de aceite y jara,
Córdoba de jazmín y de silencio

y Sevilla, la vela perfumada, la torre
aljamiada, los mirtos, la guitarra, el lucero,
y el mirar diamantino de José Díaz buscándote,
buscando la victoria de su clase y su pueblo.

Por ti, Dolores, el Moncayo adusto,
Sierra Morena, vértebra de Andalucía, Gredos
caprina y matronal, los torreones
de Urbión y del Veleta, Gaudarrama de gélidos
pulmones, Monserrat, los Picos
de Europa, Somosierra, los Montes de Toledo
desperezan su frente azul.

Por ti
la comarca, el molino, la lluvia y el enebro,
el zagal de las yuntas, las acequias huertanas,
el establo, los carros trajineros,
la hierba, los peñascos erigidos
en grises guardianes, la vereda, el romero,
las uvas del lagar, las espadanas
de los arroyos, su rumor más tierno
dejan oír.

La luna entre roquedás,
la luna enrojecida de los yermos
y la que vio en Granada a Federico
García Loroca de niño y ruiseñor; el brezo,
la abeja del afán, el rocío, los breñales,
el campanario ensimismado, el vuelo
de los tordos, la estela del amante,
geranio y recental, lirio y almendro
y el pinar erizado de luz alta
y la humildad del cementerio
y la barca en la playa, fatigada de rumbos,
por ti unen el tiemblo
de su voz.

En la fragua, sobre el yunque,
las manos forjadoras del herrero,
el albañil que ordena los adóbes,

ante la blanca artesa el **panadero**
y entre sus redes, al sacar el **copo**
el jabegote y el marengo;
el pintor que al color **sujeta el rostro**
de lo percedero,
y el poeta que **inventa o resucita**
la palabra soñada por su **verso**;
menestrales,
mecánicos, peones, el **minero**
junto a la oculta **veta**, la **muchacha**
del telar y la **aguja**, el **carpintero**
trasminando el **olor de la resina**,
el profesor, el **músico**, el **sabio**, el **ingeniero**,
el que mueve el **taladro**
y el que da al **laboreo**
de los campos
el **apretado grano del provecho**,
todo el **sudor fecundo**, todo
el **esfuerzo**
creador de nuestra **España**, por ti, **Dolores**, **rompe**
sus cadenas, te llama, **transido de desvelo**.

VI
¡Corola maternal, palma encendida
que en tu altura atesoras todo el **sol de la patria!**
Bajo tu frente surge el **insumiso**,
crepitan los valientes, **dura ráfaga**
que al verdugo destruye **uña a una: inflamados**
obreros, artesanos rebeldes, la **abrasada**
penumbra de los presos, los que **penan**
en el trabajo culpas de **inocencia**, su **larga**
pesadumbre cambiando en **sordo ímpetu**;
los guerrilleros, esa **altiva raza**
de leones del **risco**.

La **garganta**
se me nubla al nombrarlos.
¡**Huracanes**
de las crestas indómitas, las **plantas**
os sangran ya de **construir peldaños**
para la **libertad!** Os **di la infancia**
de mi canto al sonar vuestros **clarines**
anunciando el principio, las **jornadas**
que ya no han de **cesar**, y **ahora os entrego**
su **madurada sangre**.

Capitana

de guerrilleros tú, Dolores, llevas
el pelo entretejido con guirnaldas
silvestres, con el aire
puro de las montañas
que al gusano entorchado, al señorito
asnal, al fraile, oponen sus almenas.

los mejores soldados.

Con tu insignia
de cinco puntas en el alma,
a combatir se fueron junto a los tanques rojos,
sobre la nieve calcinada,
cuando la cruz siniestra encenegía
la tierra de ruínas y de lágrimas,
los mismos que en el Alto del León
y en el Cuartel de la Montaña
el estandarte del honor pusieron,
aquéllos que en los campos alambrados de Francia
aguantaron la injuria, la miseria,
el piojo gendarme, la arena funeraria
que luego devolvieron en trofeos luminosos
desde el maquis, desde el desierto, desde las plazas
de París.

Fueron a los frentes donde
la muerte, hueso pardo, se burlaba
de los puños unidos: allí dieron
sus trabajadas fibras: ignoraban
que después, al final, el honorable
demócrata, entre un whisky, un week-end y unas regatas,
olvidaría
una palabra
casi perdida bajo el llanto:
España;
pero supieron antes
dónde el signo del hombre su pólvora aguardaba,
pero no habrá memoria que oscurezca su sangre,
pero abrirá la sangre cauces hondos, y el águila
española a sus cimas volverá.

Con tu nombre,
Dolores, en los labios, cayó la inmensa cauda
comunista de nuestros héroes, Pepe
Díaz, Checa, Girón, Diéguez, Asarta,
Cristino, Ramón Vía — la pena no me deja
seguir! —, Barneto, Sánchez, Ascanio, Larrañaga,
Mesón, Bolívar, Arrarás, Gazorla

—¡ay del hermano que al hermano llama
tras lo inerte!—, Alemany, Cabrales, Girabau,
Garcés, Roza, Zoroa, Gayoso, tantos, tantas
murallas del Partido que rindieron
sus ramales de piedra en la vanguardia,
ante el dolor o en la contienda: olas
de un infinito océano, fragancia
que llevaremos para siempre viva
en nuestra carne, en nuestros huesos, hasta
mudarla en hontanar de linfas vírgenes
que calmen las arterias febriles de la patria.

VII

Sobre ese ingente túmulo de amados testimonios,
decapitadas lanzas que aun en lo aciago vibran,
como un arco de dones se define tu emblema,
las letras capitales, Dolores, la vertida
copa de tu programa,
que al español del duelo promete nueva vida.
Nadie unió en la distancia más virtudes en una,
nadie supo acercarse con caricia
más recta al pueblo.

Tierra: la tierra al campesino

pobre al bracero que se humilla
sobre el terrón: aperos en sus manos,
máquinas y semillas.

No tendrá hartura ni reposo España
si el latifundio no se reparte, si la espina
terratiente no se arranca.

La tierra al campesino pobre. Limpias
serán entonces las recolecciones,
las sementeras granarán tranquilas,
el erial su vientre descubrirá al arado
y habrá un velo de oro caliente en las barcinas.

No tendrás hartura ni reposo España
si el tesoro esparcido de la nación no torna
a ser suyo, inseguro patrimonio
popular: la paloma

del mensaje, los nervios ferroviarios,
el yacimiento mineral, las zonas
industriales, las quillas de la riqueza, vuelvan
a su dueño, al país.

Que un cayado de rosas
tenga el sufrido; la viuda, el huérfano,
la víctima del amo, que soporta

el desgarrón, recobren la alegría
que les robó la negra gavilla asoladora
de Falange. Que un haz de frutos reine
sobre el hombre del torno, la barrena y la tolva.
¡Libre el preso, la escala del pensamiento; libres
los pueblos que en el mapa se abrazan, sus idiomas
y tradiciones: Cataluña, Euzkadi, Galicia
libres; libre el creyente, su plegaria, la losa
del fanático lejos.

Sea la hueste
militar, comandantes y soldados, rocosa
ciudadela, bastión del pueblo, como aquellos
valientes del Jarama, de Quijorna,
de Pozoblanco, como las guerrillas,
hierro que no perfora
la felonía, recinto
donde puede la patria cenir frescas coronas.
De un límite a otro límite,
de una costa a otra costa,
como mejilla adolescente, el suelo
peninsular un lampo perpetuo de amapolas
será, Dolores, cuando los seis certeros dardos
de tu palabra escrita rompan
la diana cobarde:

lentas lunas
de nevada esmeralda, rumorosas
noches han de volyer entre los nudos
de las nuevas faenas; en las frondas
rurales habrá un trino
por cada cúpula, por cada estrofa
terminada; un acento laborioso,
una emoción, un ritmo de estupor en la obra
común modelará la estatua
del ser que encarne y cumpla a España heroica,
¡Oh, el nuevo ser de España revelado
por las manos recientes de la paz victoriosa!

VIII

Pero la paz, Dolores, la paz del mundo tiene
cuerpo y alma dolientes: tú nos llevas
a levantar su denigrado torso
con las venas
del torrente, las madres angustiadas,
las muchedumbres que condenan
el delirio ordenado de la muerte,

planificados crímenes.

Las hienas
millonarias, los cínicos
traficantes de armas, el que alterna
los ensayos de bombas contra niños
con la lectura de la Biblia, tiernas
panteras que la zarpa disfrazan con balidos
de la cultura occidental; la empresa
del látigo, los trusts, los buitres de la banca,
la segur financiera
y el que amontona dólares sobre el lomo del negro
que sigue esclavizando, y el que juega
a la bolsa las túrdigas del pobre,
y el mercader de carne obrera,
de nuevo quieren, con la bendición
de Pío Doce, desatar la guerra:
de nuevo quieren, rediviva svástica,
azuzar sus jaurías contra la Unión Soviética,
contra los que edifican en Europa una vida
sin codicias, sin lepra
marshallizada.

Quiéren
que la España del yugo y de las flechas
refuerce su cruzada de caimanes, conquistan
con divisas sus plazas fuertes, sus vías férreas,
sus aerodromos, y el rifeño
usurpador y sus lacayos dejan
que los de Santiago de Cuba y de Cavite
resuciten la afrenta,
mendigan en el Pacto del Atlántico
un galón de asistentes, un hacha, una almoneda
donde vender los últimos
retazos del país, su independencia.

¡No encontrarán cuchillo!

No saldrá de la grieta española un voluntario,
divisiones azules, homicidas que marchen
hacia el incendio: amamos,

no iremos contra el beso de la madre, no iremos

contra los sueños koljosianos,

contra el laboratorio de Lisenko,

los prodigiosos brazos

del stajanovista,

la armadura y la risa del héroe staliniano.

¡Ni una brizna al perverso, ni un dedo en su herramienta!

Nos enciende la paz, nos congregamos

por la paz, nuestro espejo
es la paz.

Por su tirso de sosegados pámpanos
se agitan los pastores de Albania, el petrolero
de Rumanía, el periodista checoslovaco,
los jardineros búlgaros, el viejo
segador de Polonia; en China Mao
Tse Tung vence, destruye cien dragones; resiste
el patriota griego, los once condenados
de Norteamérica, los brasileños
de Prestes, los chilenos del cobre y del nitrato,
el español endurecido
en la refriega y el estrago.

Por el cielo, de esquina a esquina de la tierra,
corre un grito, un planeta de gritos, un humano
universo buscando la paz, la paz ganada,
la paz que quiere arrebatarnos
el obcecado y el maldito.

Paz
exige el seno grávido
de la maternidad, paz necesita
la juventud, el germen, lo increado
que ya en el polen se insinúa.

Luce
la paz el nimbo fértil de los nuevos veranos,
posa en el lecho de los justos, sube
de los veneros diáfanos
de cada ser en donde la escudada prudencia
y el rayo del valor se han enlazado.
Ennoblece la paz: potente y dulce,
igual que la corriente ceñida en el remanso,
es pausa que se llena de rumores felices,
es abierta granada para todos los labios.
Hacia la paz, desnudos peregrinos
sobre una arcilla hostil, van nuestros pasos,
y el velado semblante de la paz cambiaremos
en resplandor que ahuyente la sombra del malvado.

IX

Desde América, alturas fulgurantes, estuarios,
ceibas, indios nostálgicos— ¡ay, México entre espadas
de magueyes y milpas, tan mío ya! —yo dejo
este ronco coral, Dolores, en las gradas
del viento para que golpee sobre las puertas
que cerró la crueldad o la ignorancia,

para que lo recojan los sedientos,
los niños, las mujeres enlutadas
por la guadaña de la guerra,
para que llegue al calabozo, al obrador,
a la parcela, al muelle, al arrabal de España.
Allí tu nombre y mi canción serán
no sílabas caídas o notas asordadas
de capitulación: firmeza, sí,
firmeza y certidumbre en la batalla
final que ya se anuncia.

He cantado
los amorosos seres que te guardan
fidelidad, Dolores: diré ahora
tu amor por ellos mismos: escogeré una página
del abnegado libro en que perduras
y habrá un trueno de júbilo al mostrarla;
recordaré tus ojos siguiendo al despojado,
reanimaré tu verbo que flagela y restaña,
y seguiré cantando, cantando largamente,
porque has vuelto a la vida, camarada,
porque has vuelto a la vida, y otra vez en tus manos
nuestra roja bandera se estremece y se inflama.

¡Multiplicados bronces celebren tu retorno!
¡Tu edad, de eternas hiedras corone la mañana!
Desde América, asilo
de desterrados, fragua
de promesas y augurios militantes, yo espero,
Dolores, tu llamada.
¡Contigo, junto a ti, hacia la cumbre
donde ya se columbran las murallas
de la República!

Tú asumes
nuestra fe, tú la elevas como esculpida llama:
tú nos devolverás pan y alborozo,
tú nos darás de nuevo letra y casa.
¡Contigo, junto a ti, el alma henchida
de cumplidos deseos, sobre el haz de la patria
rescatada a la muerte,
de una etapa a otra etapa
fecunda, hacia la aurora socialista,
hacia la multiforme rosa humana,
donde el hombre por vez primera encuentra
la raíz de su sangre libertada!
Escucha, madre. Escúchanos. No acierto,

no puedo dominar ya tantas ansias.
Aquí me turba la emoción, aquí
mi canto cede, pero, como la mar, no acaba:
¡la esperanza española tiene un nombre: Dolores,
y un nombre la victoria del pueblo: Pasionaria!

A MIGUEL HERNANDEZ, ASESINADO EN LOS PRESIDIOS FRANQUISTAS

por Pablo NERUDA

Llegaste a mí directamente del Levante. Me traías,
pastor de cabras, tu inocencia arrugada,
la escolástica de viejas páginas, un olor
a Fray Luis, a azahares, al estiércol quemado,
sobre los montes, y en tu máscara
la aspereza cereal de la avena segada
y una miel que media la tierra con tus ojos.

También el ruiseñor en tu boca traías.
Un ruiseñor manchado de naranjas, un hilo
de incorruptible canto, de fuerza deshojada.
Ay, muchacho, en la luz sobrevino la pólvora
y tú, con ruiseñor y con fusil, andando
bajo la luna y bajo el sol de la batalla.

Ya sabes, hijo mío, cuánto no pude hacer, ya sabes
que para mí, de toda la poesía, tú eras el fuego azul.
Hoy sobre la tierra pongo mi rostro y te escucho,
te escucho, sangre, música, panal agonizante.

No he visto deslumbradora raza como la tuya,
ni raíces tan duras, ni manos de soldado,
ni he visto nada vivo como tu corazón
quemándose en la púrpura de mi propia bandera.

Joven eterno, vives, comunero de antaño,
inundado por gérmenes de trigo y primavera,
arrugado y obscuro como el metal innato,
esperando el minuto que eleve tu armadura.

No estoy sólo desde que has muerto. Estoy con los que te

Estoy con los que un día llegarán a vengarte.